

cuenta por los dedos, aquellos dignos comerciantes demostraban que con el catarro pertinaz del tenor se les defraudaba en tantas pesetas con tantos céntimos. «Estas son puras matemáticas,» decían ellos enseñando los dientes á la empresa.

La cual cogía el cielo con las manos, y no sabía qué hacer. Como llovido del cielo, que la empresa cogía, *cayó* en el pueblo, no se sabe de dónde, un tenor procedente de la capilla de cierta insigne catedral. Sabía más música que el otro; aprovechaba su poca, pero bien timbrada voz, con mayor maestría, y en fin, daba mucho más gusto oírle cantar á él que al tenorcito de las pretensiones y los escrúpulos. Declaró el recién venido que la partitura que mejor dominaba era el *Fausto*. Ropa no la tenía, pero sabía el papel, sin tropezar, de cabo á rabo. Se le arregló como se pudo la ropa, de otros Faustos mejores mozos, que había en el teatro, empolvada y con algunos zurcidos. Candonga, pues el nuevo tenor se llamaba Candonga, no se sabe por qué, pues ni era candonguero ni amigo de candonguear; Candonga se resistió á confirmarse en italiano y á llamarse Cantonghini, como le propuso la empresa. «¿Y Scherzzo? llámese usted Scherzzo, que es una especie de traducción de Candonga,» le dijeron. Pero nada; él era dócil, pacato, mas en este punto no cedía. No quería renegar del apellido de su padre. Y como el apuro era grande, la empresa se sometió, y en

los carteles se decía: Fausto, señor Candonga.

Lo peor no era esto; sino que Candonga pisaba mal, apoyando primero con fuerza el calcañar; destrozaba en seguida los tacones, y parecía un animal raro con aquel modo de poner la planta. Además, tenía la costumbre de calarse demasiado el sombrero por atrás; y, para decirlo todo, no se sabe en qué consistía, pero encogía los brazos de tal manera, que todas las mangas le venían largas. La empresa no reparó en esto, ni el director de escena ni el de orquesta se fijaron en que aquel hombre jamás había sido *Fausto* más que vestido de *paisano*, con grandes apariencias de seminarista.

Llegó la noche del *debut* de Candonga, y aquello fué el *disloque*, según decía un señorito de las butacas que había estudiado farmacia en Madrid. El público gozó mucho, porque se rió de Candonga toda la noche á mandíbula batiente; y cuando tocaban á cantar, el pobre tenor de capilla parecía un ángel bastante entendido en el arte. Por de pronto, cuando hubo que despojarle de la hopalanda del sabio, tirando por tramoya de una cuerda, le dejaron en mangas de camisa y con media barba. Se arregló aquello como se pudo; pero en la primera entrevista con Margarita, Fausto no hizo ver más que sus disposiciones para la carrera eclesiástica. En fin, un martirio. El pobre, que debía de necesitar mucho el sueldo, aguanta-

ba: se reían de él, y él se sonreía y procuraba estar fino con Margarita la rubia, que estaba en ascuas junto á un seductor que parecía, por lo menos, subdiácono. Candonga se agarraba al canto como á un clavo ardiendo. Si le hubieran dejado cantar con las manos en los bolsillos, lo hubiese hecho mucho mejor, y mejor aún bajo tierra; pero, en fin, mientras cantaba, cesaba la risa, y hasta le aplaudían algo. Pero volvía á predominar la mímica, y el público, cruel, *pagano*, volvía al *jaleo*, á la *bronca*, se oían chistes que iban de palco á palco. Una orgía de humorismo provinciano á costa de un infeliz hambriento.

Margarita, la otra, la *Reina*, sentía desde allá arriba una lástima infinita. La voz de aquel señor Candonga, á quien no tenía el gusto de conocer, le llegaba al alma, le pedía compasión, consuelo; para ella todo lo que cantaba aquel Fausto venía á decir: «Vosotros los que pasáis por este camino del arte, por este calvario, decidme si hay dolor como mi dolor.» Se le saltaban las lágrimas. Si hubiera tenido una bomba de dinamita, acaso la hubiera arrojado sobre aquellos señoritos de las butacas, que despellejaban á un hombre que sabía más música que todos ellos. Salió Marcela del teatro antes de la *apoteosis*, es decir, del *consumatum est*.

*
*
*

Feliciano Candonga y la *Reina Margarita* no tardaron en hacerse amigos. Se conocieron entre bastidores, en la obscuridad de un rincón, durante un ensayo de una ópera en que la señorita Vidal cantaba unos cuantas notas y Candonga absolutamente nada. Simpatizaron en seguida. Los atraía, cual un imán, la semejanza de su suerte. Feliciano, después de aquel Fausto famoso, no volvió á salir á las tablas; la empresa no se atrevía á despedirlo por si el otro tenor, que ya había sanado, volvía á inutilizarse; pero tampoco osaba la empresa desafiar la indignación del público con una segunda presentación del tenor de capilla. Se estaba á la expectativa; y en tanto se le entretenía el hambre al infeliz cantante con algunas piltrafas de sueldo. Por lo visto, él estaba muy mal de recursos, porque, á pesar de lo humillante de su situación, no se quejaba; sonreía á todos, fingía no darse por desairado y esperar *turno* para volver á salir á escena.

Marcela y Feliciano comprendieron que su situación de artistas medio *licenciados* era muy parecida. Este lazo los unió estrechamente. Además, se parecía su carácter. Los dos buscaban la obscuridad, eran modestos: dos resignados.

La *Reina Margarita* ocupaba su butaca en la fila siete, en lo obscuro, las noches de ensayo, y á poco allí se presentaba el tenor desahuciado. Hablaban en voz muy baja, á ratos, cuando el direc-

tor de orquesta no exigía silencio absoluto. Otras veces oían la música con religiosa atención, contentos con oírla así, tan cerca uno de otro. Coincidían en sus opiniones acerca del mérito de las óperas y del mérito de los cantantes que á ellos les tenían de reemplazo. Coincidían en estar exentos de envidia. Y era un nuevo placer delicado, lleno de consuelo, aquel dúo de caridad, de justicia, en que su ánimo estaba tan armonizado. Admiraban las mismas bellezas y perdonaban los mismos agravios.

De lo que más hablaban era de ellos mismos. Marcela, singularmente, encontró una delicia desconocida en contar á otra persona sus tristezas, la monotonía gris de su existencia. No era, en apariencia á lo menos, muy poética su conversación. Los catarros que martirizaban á la pobre cantante eran tema de la mayor parte de sus diálogos, al empezarlos por lo menos. Por acuerdo tácito, llegaron á tomar por costumbre el comunicarse lo que habían hecho y lo que habían padecido ó gozado durante todo el día. Hablaban muy bajo, con cierta mística entonación que parecía concierto de amores, del frío, de la helada, de la humedad, de la poca ropa que daban en la posada para la cama, de otras nimiedades tristes de la vida ordinaria. Supo Candonga que Marcela se pasaba las horas muertas haciendo solitarios con una baraja sobada. El la ofreció una nueva. Candonga, por su parte,

jugaba mucho al dominó en un café de las afueras.

De lo que no hablaban jamás era del arte con relación á las propias miras; parecía que para ellos no había porvenir, ni bueno ni malo. Candonga, alma sincera, creía firmemente que aquella muchacha tan simpática sabía poca música y cantaba muy medianamente. Hubiera partido con ella una peseta y un puchero de garbanzos, pero era incapaz de adularla, de engañarla. Marcela, que creía ver en Feliciano un músico aceptable, comprendía más cada día, que aquel hombre tan *natural*, tan bueno para *en casa*, nunca sería lo... *farsante* que se necesita ser para dominar las tablas. No; no veían porvenir, y no hablaban de él. Si Marcela insistía en tratar de asuntos teatrales, pero siempre refiriéndose á los demás, no era por gusto, sino porque no sabía nada de otras cosas.

Un día notó Candonga con asombro que Margarita, la *Reina*, no sabía á punto fijo quién era Martínez Campos. No sabía nada del mundo, que para ella todo era público, público hostil, juez implacable. Cuando se agotaba el tema de las vicisitudes de sus aburrimientos, fríos, catarros y demás tristezas cotidianas, Feliciano iba poco á poco renovando la conversación mediante referencias á otros horizontes de vida desconocidos para Marcela. El tema favorito llegó á ser la manera de ganarse el sustento sin contar para nada con el público del

teatro. Había quien ganaba muchísimo más que ellos; v. gr., comprando harina, teniéndola en casa una temporada y vendiéndola después. Se compraba como ciento, se iba vendiendo uno á uno, y sin más, se ganaba por cada ciento... tanto; mucho. «¡Qué felicidad!» pensaba la *Reina*. Y la gente que entraba á comprar y á vender no tenía derecho á silbarle á uno; había trato ó no; pero sin insultar á nadie: si el género no gustaba, no por eso los parroquianos se burlaban del comerciante. Y suspiraba la Vitali, pensando en aquel paraíso del tanto por ciento, pacífico, sedentario, escondido, serio, honrado, humilde.

Y de una en otra, Candonga llegó á confesarle su secreto. Que si él se veía como se veía era por haber sido tonto, vanidoso. Que ciertas adulaciones se le habían subido á la cabeza, y se había empeñado en ser *artista*, aunque fuera de iglesia; y por seguir esta vocación había abandonado á un tío suyo que le hubiera metido en un pueblo de la provincia de Palencia, en el comercio de harinas, con grandes probabilidades de hacer un negocio decente. La *Reina Margarita*, asombrada, aconsejó al tenor que escribiera al tío, que *cantara*... la palinodia. Y así lo hizo. Y cuando un mes más adelante la compañía levantaba sus tiendas y se iba con la música á otra parte, Feliciano, la *última* noche de función, en la obscuridad del antepaleo, le hacía saber á la *Reina Margarita* que

Fausto rompía su pacto con el diablo del arte, y se marchaba á Grijota, donde le esperaban los sacos fructíferos de su tío Romualdo. La *Reina* le dió la enhorabuena con voz trémula; y ya en toda la noche habló poco. Feliciano se creyó en el caso de acompañarla hasta la posada, cuando ella le dijo que se retiraba, porque no se sentía bien. Por la calle, oscura, húmeda, triste, no hablaron tampoco apenas. Al llegar al portal de la pobre vivienda donde tanto se había aburrido Marcela, se detuvieron, cortados los dos, mudos.

No sabían cómo despedirse...

—¿Y usted?—dijo por fin *Fausto*.

—¿Yo? Mañana en el tren de las siete sale la *Reina Margarita*, en tercera; ocho horas de viaje, y por la noche en Z... función... La *Reina Margarita* se presentará al respetable público... y procurará *no descomponer el conjunto!*

Y entonces Fausto Candonga, que dejaba el teatro principalmente por no saber adorar á *Margarita* (la plebeya) como era debido, en la escena de la ventana; Fausto Candonga, como pudo, tartamudeando, ofreció á la *Reina* su blanca mano, y su blanca harina, y los sacos del tío Romualdo... y todo lo que él podía valer en Grijota. En fin, se declaró, metiéndose en harina; y la dicha de aquella luna de miel que ofrecía, se cifraba en la ganancia legítima, segura, lejos de las baterías del escenario, lejos del público, de las lentejuelas y de

las imponentes figuras de los violoncelos y de la tiránica batuta del director de orquesta....

*
*
*

Algunos años después se celebraba en Grijota la proclamación del diputado provincial don Romualdo Candonga, y hubo *gaudeamus*, fuegos artificiales y su poquito de teatro. Y lo mejor de la función fué que, nada menos que el señor don Feliciano y su digna esposa doña Marcela Vidal, salieron al tablado que se levantó en el Ayuntamiento á cantar como ángeles, vestidos con trajes que ni los cómicos de la corte. Había que ver al rico mercader de harinas y á su señora la hacendosa doña Marcela, cada cual por su lado, y sucesivamente, hacer las delicias de sus convecinos, con unos gorgoritos y unos suspirillos cantados que daban gloria. Candonga pisaba de tacón, como siempre, y el traje de *Fausto* que le había hecho su mujer, lo vestía como lo hubiera vestido uno de aquellos quintales de harina de flor que tenía en su casa; pero cantar era un prodigio. Y cantaba solo, sin Margarita que le estorbase.

Y después salió la *Reina Margarita*, con el traje de su propiedad, que había conservado. Y rayó á gran altura, sin que la eclipsara nadie.

Al día siguiente, los *músicos* del pueblo sostenían que era una lástima que el feliz matrimonio

no se lanzara de nuevo á la vida artística, pues tenían seguros los aplausos, las contratas, etc., etc.

—¡Qué horror!—se decían Marcela y Feliciano, mirándose y sonriéndose.....—¡Si todo el público fuera como el de Grijota! ¡Amigos y parientes! Y por si alguna chispa de tentación les quedaba en el alma, en el fondo, Candonga vistió con su traje de Fausto un armatoste de cañas que tenía en la huerta para espantar los gorriones.

Y cuando llegó domingo el gordo, el primer día de Carnaval, llamó la atención de Grijota, en el baile de las Maritornes, una máscara que lucía un traje de seda, *oro y pedrería*... Era Sinforosa, la ilustre fregona de los de Candonga, á quien su ama, doña Marcela, había disfrazado con el traje que un día fuera su única ilusión de artista, el traje de corte de la *Reina Margarita*.